

31. ¡Un sorbo del bueno!

Pontecorvo fue y sigue siendo, una bella ciudadela cerca de Cassino. Si bien en los tiempos de Gaspar se encontrase dentro del territorio del Reino de Nápoles, era "ciudad del Estado de la Iglesia". Allí, sobresalía la furia sectaria, que buscaba no tanto debilitar el poder temporal de los Papas, cuanto a eliminar a Dios de sus conciencias, empapando el pueblo de doctrinas ateas y anticlericales. Estaba presente el bandidaje también ya que la frontera estaba muy cerca. Por esto el clero local le insistía al Santo, que tantos sensacionales éxitos había logrado con su predicación y en Marche y en Romagna, para tener una misión en su ciudad, con su mejores compañeros. El Santo fue allí con ocho misioneros *"todos excelsos en cuanto a conocimiento y virtud"*, entre los cuales el futuro cardenal Gabriele Ferretti, el 10 de septiembre de 1822, *"cuando las golondrinas se preparan para salir de la bella tierra de Italia"*.

“Incluso en Pontecorvo se renovaron las maravillas y los prodigios de las más célebres Misiones” y claramente el Señor quiso sostener la palabra de su Santo y los compañeros de una manera extraordinaria. Ya hemos mencionado en otra parte como: "Durante la misión se llevó con gran solemnidad la comunión a 200 enfermos. Gaspar uno por uno los roció con agua bendita y los bendijo con la reliquia de San Francisco Javier. Todos sanaron milagrosamente, de manera que, después de tal evento, las conversiones no podían contarse, ¡ni se contaron las armas mortales entregadas! ¡Había montones y montones y se tuvo que fatigar mucho para romperlas y quemarlas!

Entre las conversiones maravillosas hechas por el Santo vale contar, además por la manera única en la que pasó, una puesta bien en relieve en los procesos de Beatificación.

Uno de los "señores principales" de la ciudad, famoso líder revolucionario, huía de la misión como la peste. Sobresaliente fue su aversión a Gaspar, considerado un santo por todos. No sólo huía de la misión, además se burlaba de los misioneros e incitaba a la gente en contra de ellos, maltratando con vehemencia cualquier persona que se atrevía a sugerirle de encontrarse con él. Gaspar, de su parte, se comprometió junto a los hermanos a obtener su conversión por medio de oraciones y ayunos, y finalmente llegó el día del triunfo de la gracia. Una tarde, Gaspar, sin duda inspirado por Dios, invitó al

padre Barrera, de los Doctrinarios, a dar una vuelta en el jardín del Convento. Mientras caminaban por el caminito, conversando de cosas de Dios, vieron a ese señor.

- *Rápido* - dijo Gaspar al fraile - *invítelo a entrar.*

En una invitación tan amable, el líder sectario, aunque fuera enemigo de los curas, no se atrevió a responder con una negativa. Pero cuál no sería su desaprobación cuando, entrado en el jardín, ¡se encontró frente a Gaspar! Trató de fugarse, pero el santo no le dio tiempo. Con su innata y sincera gentileza, vino a él y lo saludó cordialmente. Luego sin demora, dirigiéndose a Padre Barrera, le dijo en un avispado tono romanesco: - *Usted vaya a buscar un sorbo del bueno, porque este amigo y yo queremos pasar una hora en alegría.*

Cuando el padre regresó con el frasco, los dos ya se habían desaparecidos. Espera y espera, he aquí viéndolos salir de la habitación del Santo en una conversación amistosa. ¡Los ojos del sectario, estaban todavía húmedos por las lágrimas!

"Así, aquel que era un escandaloso y un enemigo declarado de Dios, no sólo durante la misión, sino por toda la vida, ¡se convirtió en el hombre más edificante de Pontecorvo!". A los amigos que lo regañaban, acusándolo de traición, contestaba: *"¡Aquel Padre Santo, me ha dicho cosas tales, que no me pude resistir. A ustedes les habría pasado lo mismo. Traten de hacer lo mismo que yo hice!"*.

Gaspar muchas veces, con toda humildad, solía decir a los compañeros que el Señor le daba luces extraordinarias en la refutación de los escépticos, tanto durante los sermones, que en conversaciones privadas.

Esta célebre conversión asombró mucho a las personas, que cada vez más numerosas acudían a escuchar al Misionero, de modo que no fueron suficientes las iglesias, plazas a contenerlas. ¡Balcones, ventanas, terrazas, árboles estaban siempre repletos de gente!

La última noche nadie quiso perderse su palabra, tan así que el sacristán "al no encontrar a alguien dispuesto a ayudarlo a tocar las campanas, desesperado tuvo que rogar al futuro cardenal Ferretti correr en su ayuda".

Después el cardenal solía decir: *"¡Con el Canónigo del Búfalo aprendí que, incluso tocando las campanas, se pueden convertir los pecadores!"*.